

### ***JUECES FARANDULESCOS***

*Una jueza decidió convertir su función en un espectáculo televisivo.*

La opinión pública argentina –y quizás también la extranjera– se vio sacudida con un episodio reciente: el proceso oral dedicado a establecer si la muerte de Diego Maradona fue un homicidio fue cooptado por una de las juezas intervinientes que, sin permiso ni conocimiento de nadie, lo convirtió en un set de filmación donde ella era la primera figura.

Lo ocurrido (al menos por el momento) no ha servido para otra cosa que para agregar un capítulo a la nueva serie que, seguramente, se terminará filmando sobre el asunto.

Mucho se discutió, especuló y escribió al respecto. El texto que sigue –aparecido el 28 de mayo pasado– es de lo mejor que encontramos sobre la cuestión. Su autor, al autorizarnos su reproducción, pidió que su nombre no fuera publicado.

“En ciertas ciudades de Holanda viven en oscuras piecitas los talladores de diamantes, que todo el día pesan en sus balanzas de precisión gemas tan preciosas que bastaría una sola para sacarlos para siempre de su miseria.

Y después, cada noche, cuando las han devuelto brillosas a quien ansiosamente las es-

pera, acomodan serenos sobre el mismo banco donde pesaron esos tesoros ajenos su cena frugal y parten, sin envidia, con esas manos que han pulido los diamantes de los ricos, el pan de su honesta pobreza. También el juez vive así” (Piero Calamandrei, *Elogio de los jueces escrito por un abogado*).

El venezolano Moisés Naím explica en *La revancha de los poderosos* que una de las claves de los líderes populistas de hoy es que logran combinar el mundo de la política con el del *show business* hasta fusionarlos.

Adjudica ese hallazgo a Silvio Berlusconi, alguien inventado como candidato y “vendido” como un producto cualquiera y que seis meses después de haber anunciado que se lanzaba a la política se convirtió en primer ministro de Italia.

Umberto Eco necesitó menos palabras para decir lo mismo: “ahora no hay que ser virtuoso, sino famoso, por algún talento o por el tamaño del culo”.

Los juristas discuten sobre “el derecho al olvido” en materia de contenidos digitales sin darse cuenta de que padecemos de lo contrario: del terror a ser olvidados.

Aunque sea por poner “buen martes”, creemos que los demás deben saber algo de nosotros cada día.

Una jueza de San Isidro<sup>1</sup> llamada Julieta Makintach decidió filmar un documental cuyo tema sería ella misma, para lo cual un domingo metió de contrabando los equipos de filmación en el edificio del tribunal donde, el lunes siguiente, presidiría una audiencia.

También hizo entrar a un camarógrafo, algo que su tribunal tenía prohibido. El chico dijo que tenía la misión de seguir a la propagandista como hacen en cada partido con Messi.

Una elevada autoestima no tiene nada de malo. Y el cultivo de la frivolidad puede considerarse uno de los “derechos implícitos” que hay en la Constitución.

Mucha agente junta material sobre sí misma para celebrar un cumpleaños o algún aniversario matrimonial. Al fin y al cabo, todo eso es de consumo voluntario por ellos mismos y por el prójimo.

*Pero usar para esos fines promocionales los recursos públicos es otro asunto.*

Por eso en términos morales hay un abismo entre las mujeres de los futbolistas que graban y registran ostentaciones o adulterios y las acompañantes de políticos saqueadores que “postean” viajes en yate con champagne y langosta.

Hasta en un cambalache<sup>2</sup> se clasifica un poco más la mercadería.

Esa desesperación por estar debajo de las luces (y en las pantallas) también infectó a muchos jueces que sienten que lo que hacen

---

<sup>1</sup> Para los extranjeros que nos leen, se trata de una ciudad cercana a Buenos Aires, en un suburbio de altos ingresos.

<sup>2</sup> Lugar de trueque o intercambio de cosas de poco valor; usado en general en sentido despectivo.

es poco vistoso, y eso los angustia. Están lejos de ese juez que elogió Calamandrei.

Este profesor toscano también escribió que “en el juez no cuenta la inteligencia; basta que sea normal, como encarnación del hombre medio. Cuenta sobre todo la superioridad moral, que debe ser tanta hasta para perdonarle al abogado que sea más inteligente que él”.

Cuando veo a esos jueces que no dejan de producir apariciones mediáticas y en redes sociales disfrazadas de actividades institucionales o académicas, me pregunto cuándo se dedican a estudiar una causa.

Por lo general, el grado de eficiencia de los tribunales que integran los “jueces líderes” de lo que sea es inversamente proporcional al tiempo que pasan produciendo noticias sobre sí mismos.

Y no me pregunto cuándo, con tanto seminario, viaje, mesa redonda, clase y “conversatorio”, se ocupan de sus cónyuges, porque eso sería meterme en un tema privado (igual, después no deberían quejarse).

La jueza Makintach, ocupada en la producción de su autohomenaje, decidió aprovechar una oportunidad. No eligió para eso una audiencia por el hurto de una bicicleta en el barrio La Calabria de Beccar (con todo respeto por las víctimas de ese tipo de delitos y por el barrio donde viví algunos años), sino una del juicio en que se investigaba la muerte de Diego Maradona.

Todo el proceso puede caerse ahora por una nulidad originada en haber convertido un tribunal en Cinecittà.

Uno suponía que la jueza, al levantarse a la mañana, luego del café, comenzaba a meditar sobre los aspectos probatorios y jurídicos de algún caso que tuviera para resolver ese día.

Pero no: se vestía y maquillaba para la primera escena: “la jueza va al tribunal”. Habría sido interesante planificar un traslado en sulky o en submarino, pero no en su auto.

La jueza *tinellizó*<sup>3</sup> la administración de justicia haciendo algo así como una cámara oculta. *Jugó con lo ajeno, usó como extras a sus colegas, a los imputados, a los hijos de un muerto y a los abogados; todo eso mientras cobraba durante ese tiempo un sueldo pagado con el dinero de sus vecinos que, a diferencia de ella, sí pagan impuestos.*

A su lado, en materia de acatamiento a las normas Diego Maradona era un puritano de Jutlandia.

Otros jueces juzgarán a esta jueza en nombre de los “justiciables” (remato la cacofonía con la palabra más fea del mundo). Escucharán teorías y excusas y tramitarán decenas de recursos. No han conocido otra cosa y de eso viven.

“En algún lugar del mundo debe haber un basural donde se amontonan todas las explicaciones”, escribió Cortázar.

Entre los jueces hay seguramente la misma proporción de brutos, ineficientes, vagos e irresponsables que entre cualquier grupo que cualquiera de nosotros pueda integrar. También de gente brillante, proba y laboriosa, por supuesto.

Lo que me parece un síntoma de la enfermedad del sistema es que la jueza no haya renunciado el mismo día que apareció la noticia de su performance, antes de que se pusiera el sol.

---

<sup>3</sup> El verbo proviene del nombre del locutor y conductor televisivo argentino Marcelo Tinelli, que ha estado al frente de numerosos programas de entretenimientos de escasa profanidad intelectual.

Si tan interesada estaba en protagonizar algo, podría haber puesto las bases de una leyenda sobre su persona, de una tragedia parecida a la de su homónima de Verona.

También el balcón que hay allí es un cuento, pero a verlo acuden miles de turistas cada día, que para mentir bien existe el arte.

Queda por averiguar qué interés podría presentar un documental sobre la vida de una empleada pública de las que hay, literalmente, miles.

En realidad, es mejor dejar todo a la fantasía, que es más poderosa que la realidad (porque no admite rectificaciones ni desengaños) y permitir que cada uno imagine la película que acaso nunca se estrene”.

Hasta aquí la contribución de nuestro anónimo colaborador.

Queda lugar para agregar algunas reflexiones.

Una se refiere al proceso mediante el cual se elige a los jueces. Obviamente, es difícil que, cualquiera sea el mecanismo elegido, éste pueda prever cuál habrá de ser el comportamiento de quienes resulten designados: la naturaleza humana es, por definición, imprevisible.

Pero existen maneras concretas de evaluar el modo en que los jueces desarrollan sus funciones y la calidad de su desempeño. ¿Está, acaso, la opinión pública en condiciones de saber cuántas sentencias de la jueza Makintach –o de cualquier otro magistrado– fueron apeladas y revocadas por su tribunal superior?

¿Alguien lleva estadísticas confiables acerca del plazo que ella o sus colegas se toman, en promedio, para resolver las cuestiones a su cargo?

Finalmente, ¿por qué hemos de suponer que quienes resultan designados jueces son, en algún aspecto, mejores que quienes los designan?

Lo ocurrido ¿no será acaso el episodio más visible –hasta el momento, al menos– de un mal grave que aqueja a uno de los tres poderes del Estado?

\* \* \*

Esta nota ha sido preparada por Juan Javier Negri. Para más información sobre este tema pueden comunicarse con el teléfono (54-11) 5556-8000 o por correo electrónico a [np@negri.com.ar](mailto:np@negri.com.ar).

**Este artículo es un servicio de Negri & Pueyrredon Abogados a sus clientes y amigos.  
No tiene por objeto prestar asesoramiento legal sobre tema alguno.**